

JINETES DEL RADIO

BARRINGTON J. BAYLEY

La última inmersión de la nave subterránea *Intersticio* empezó como una misión de prueba para demostrar su capacidad. La habían botado hacia poco: la mitad de sus galerías eran caparazones vacíos que esperaban su provisión de municiones y las instalaciones para la tripulación. No obstante, llevábamos un buen cargamento, una tripulación de doscientos hombres, y nuestra planta técnica, armamentos incluidos, era completa. Había dos cargadores llenos de torpedos, uno a proa y otro a popa, y toda su masa permanecía estable en los campos de polarización, medio por el cual nuestra flamante nave viajaba a través de la materia sólida.

El desarrollo de naves subterráneas apenas empezaba, y la *Intersticio* era la quinta de su especie, pues había prototipos anteriores. La habíamos construido grande, y la habíamos construido poderosa, pues era una nave de guerra. Nuestro país por el momento no estaba en guerra, pero teníamos enemigos, y el viaje subterráneo era una ventaja nada desdeñable.

Así, con el capitán Joule al mando y yo, Ross, como oficial técnico, emprendimos el viaje a través del continente norteamericano de este a oeste, a una profundidad de quince kilómetros. Pasamos bajo cadenas montañosas, desiertos y lagos, y atravesamos toda clase de formaciones geológicas. Poníamos a prueba la velocidad, el cambio de rumbo —una complicada maniobra donde intervienen los polarizadores de átomos— y el control de profundidad. El equipo respondió en todo momento. Los campos de polarización mantuvieron sólidamente el equilibrio, aun cuando inclinamos la *Intersticio* con brusquedad hacia babor y luego hacia estribor. La primera nave subterránea totalmente operativa era un éxito.

Estábamos eufóricos. No sospechábamos, mientras nos acercábamos a la Costa Oeste, que pronto seríamos víctimas de un grave infortunio que nos arrastraría a una locura frenética y nos dejaría a merced del poderoso planeta Tierra.

Yo estaba con el capitán Joule en la cabina de control cuando él dio la orden de emerger en un sitio convenido de antemano. Sin oscilaciones bruscas, la nave se elevó poco a poco.

A diez kilómetros, un zumbido agudo sonó en el metal de la nave, transformándose a medida que ascendíamos en un crujido irritante para los nervios. Al mismo tiempo, hubo una llamada urgente desde la sección de polarización.

La cara blanca del ingeniero en jefe nos miró desde la pantalla de comunicación:

—¡Capitán! ¡Una fuerza externa está distorsionando el campo! ¡No podemos resistirla!

—¡Inmersión! —ordenó el capitán Joule.

Nos sumergimos, y ese ruido aterrador cesó de inmediato. Cuando la *Intersticio* se detuvo con un temblor, Joule interrogó al ingeniero.

—¿Qué clase de fuerza era esa?

—Era magnética, muy poderosa. El ruido que oímos era causado por la vibración de todos los átomos metálicos de la estructura en su alineación polarizada. En medio minuto más se habría despolarizado toda la nave.

—¿Qué poder tiene esa fuerza? —preguntó Joule, desconcertado.

El ingeniero se encogió de hombros.

—Los instrumentos enloquecieron. ¡No lo entiendo! Nunca sospechamos que habría energías tan intensas a sólo siete kilómetros de profundidad.

Joule reflexionó.

—¡Sección de armamento! —ordenó—. Disparen un torpedo hacia arriba. Pero no activen la espoleta.

Momentos más tarde la *Intersticio* usó sus armas por primera vez. El torpedo subió, rastreado por los detectores de polarización. Poco después de traspasar el límite de siete kilómetros, el proyectil desapareció de la pantalla y recibimos una serie de fuertes ondas de choque.

Los polarizadores del torpedo habían fallado.

Joule aún no estaba satisfecho. Ordenó volver a emerger. Cautelosamente, nos acercamos al nivel crítico y el chillido de los átomos vibrando reverberó en la nave. Respondiendo a las súplicas de la sección de polarización, bajamos nuevamente a una profundidad segura.

Ahora habíamos perdido la confianza. Retrocediendo en nuestra ruta, hicimos un nuevo intento con el mismo resultado. Luego hicimos intentos periódicos en todo el camino de regreso a la Costa Este, y vagamos dos semanas por el continente, sondeando. Ese fenómeno increíblemente poderoso se extendía como un manto bajo toda la superficie.

Por mi parte, yo dudaba que fuera de origen magnético. Me parecía más probable que fuera un efecto magnético producido por el flujo insólito de partículas que habían empezado a circular mientras estábamos sumergidos.

El capitán Joule se preocupó cuando le expresé esta idea.

—En tal caso —comentó—, podría ser artificial. Por cierto que es un arma eficaz contra una nave subterránea.

Pero fuera cual fuese el origen, quedaba un problema a resolver: no podíamos subir a la superficie.

El ánimo de la dotación cambió cuando nos dimos cuenta de esto. El entusiasmo ante la nueva y exitosa empresa desapareció. Noté por primera vez cuán hueco era el interior de la nave, cómo retumbaba cada sonido en sus cavidades, y cuán opaco era el reflejo de la luz amarilla en las paredes. Costaba olvidar que estábamos en las profundidades de la Tierra. Miré al capitán Joule y supe que él tenía los mismos sentimientos.

De pronto me eché a reír.

—Bien, estamos atrapados —dije alegremente—. ¿Y qué? Mucho mejor. Es nuestra oportunidad para desafiar impunemente a esos timoratos del Departamento de la Armada.

—¿A qué se refiere? —preguntó Joule.

—Nos prohibieron, en nombre de la prudencia, llevar nuestras naves a más de quince kilómetros de profundidad en esta etapa. Pero ya que no podemos subir, regresaremos a la superficie por el camino más largo... atravesando el planeta por su diámetro.

Joule sonrió, evaluando la propuesta con típica parquedad. Recordé las conversaciones que habíamos entablado a lo largo de años, cuando los campos de polarización estaban en su lenta y laboriosa fase de desarrollo en los laboratorios de la Armada. Se nos habían ocurrido muchos planes audaces como este, y sólo esperábamos el momento oportuno para llevarlos a cabo.

—Propongámoslo a los demás —dijo al fin, y habló por el intercomunicador, convocando a la oficialidad.

La cabina de control provocaba claustrofobia con seis oficiales apiñados dentro. Los inyectores de aire no estaba diseñados para tanta gente, y al cabo de diez minutos me costaba respirar.

En la pausa que precedió a las palabras de Joule oí el zumbido constante de la nave en reposo.

—Ya todos sabrán —comenzó— que no podemos salir a la superficie. Ross tiene una sugerencia, y quiero que la escuchen. —Me hizo una seña.

—Desde que la nave subterránea fue una posibilidad —dije—, he concebido la idea de viajar al interior de la Tierra, quizá hasta el centro mismo. Durante la construcción de la *Intersticio* aproveché y elaboré planes tentativos para una expedición de esa naturaleza. La *Intersticio* es mucho más grande de lo que exigía el diseño original: tiene una planta de energía más poderosa y más instrumental, además de provisiones y recicladores de aire como para mantener una dotación completa durante varios años. También instalé un taller, y un equipo refrigerante para evitar el sobrecalentamiento.

Hubo algunas expresiones de asombro entre los hombres de la Armada cuando hice esta revelación, pero otros, los oficiales de mi equipo civil, ya estaban al corriente. No temí recriminaciones. El hombre civilizado jamás desdeña del todo la búsqueda del conocimiento.

—La *Intersticio* aún no está del todo capacitada para el viaje que planeaba yo —les dije—, pero en mi opinión resistirá. Como estamos aislados de América del Norte, propongo emerger en otro cuadrante del planeta.

Aquí me interrumpió Joule.

—Caballeros, debemos tener en cuenta una cosa. Es posible que la barrera que nos ha cerrado el paso sea artificial. Si es así, nuestro país está en guerra y el enemigo ya conoce la existencia de naves subterráneas. En tal caso es nuestro deber regresar cuanto antes y no andar vagando para servir a nuestros propios intereses.

—Confieso —dije yo— que me agrada tener esta oportunidad de satisfacer mis ambiciones. Pero de todos modos no hay otra forma de conseguir que la *Intersticio* entre en el combate, pues el camino más corto hacia otra masa continental pasa por una aproximación al centro de la Tierra.

—¿Puedo hacer una pregunta técnica? —dijo un oficial—. Ya estamos cerca del nivel donde la corteza terrestre es reemplazada por una capa más caliente. Más allá, el centro líquido es aún más caliente. ¿Podremos resistir esas condiciones?

—Teóricamente, el campo de polarización nos protege de cualquier nivel de calor o densidad —respondí—, pero no nos libera de la fuerza de gravedad ni del magnetismo. La gravedad será una ayuda al principio, y después un estorbo. Pero el magnetismo crecerá hacia el centro, y ya hemos visto de qué manera afecta a los polarizadores.

Algunos temblaron cuando dije esto.

—Para ser sincero —continué—, si nos topamos con un fenómeno como el que acabamos de eludir, no sé qué haremos. Pero hay un ingenioso mecanismo llamado desviador Gauss, que puede controlar incrementos graduales de magnetismo mediante corrientes de mesones. No nos llevará mucho tiempo construir uno, y sin duda podrá manejar el aumento gradual de magnetismo que cabe esperar.

Los oficiales meditaron en silencio. La *Intersticio* ya había bajado a más profundidad que nunca, deslizándose a través de rocas de alta densidad en virtud que los respectivos átomos de la nave, los hombres y el aire estaban alineados individualmente en direcciones diferentes en el espacio. En ese momento la cabina, las paredes, nuestros propios cuerpos, estaban llenos de una sólida masa caliente, vuelta impalpable mediante un delicado equilibrio.

Para la imaginación resultaba de pesadilla. Pero estos eran hombres con temple, la flor y nata del país, y mi entusiasmo y el aplomo de Joule los inspiraron.

—¡Vamos! —insistí—. El hombre nunca ha estado en esta situación. ¡Lancémonos a la aventura!

—Yo apruebo la propuesta de Ross —dijo Joule—. ¿Más preguntas?

No hubo ninguna. Y cuando Joule anunció su decisión, no hubo objeciones.

—Ross les dará instrucciones sobre los preparativos necesarios para la inmersión —concluyó brevemente el capitán—. Es todo.

Durante tres días la gigantesca mole de la *Intersticio* flotó a quince kilómetros de profundidad, mientras construíamos el desviador Gauss. No fue difícil, debido a los recursos que disponíamos. Construimos un cargador de mesones cerca de la planta de energía de la nave, y en el casco interno instalamos un esqueleto de canales de plata-hierro que convergían en un banco de la popa donde los campos magnéticos externos eran devueltos a tierra. De lo contrario, el polarizador perdería alineación y cada fragmento de metal de la estructura se fundiría por inducción.

Un control me permitía medir la capacidad del desviador para alterar la intensidad del campo magnético dentro de la nave; finalmente estuvimos en condiciones de reactivar los propulsores y transformar nuestra débil inercia gravitacional en un verdadero impulso.

El interior de la *Intersticio* parecía un caótico taller. Evoqué los viejos tiempos en que no toda la superficie del mundo figuraba en los mapas y los veleros podían zarpar hacia nuevos océanos y nuevas tierras. Para nosotros no habría vientos, ni luz, ni aguas encrespadas. Habíamos franqueado los límites de la existencia conocida, y debíamos abrirnos paso en la oscuridad, la presión y el calor.

Obedientemente, los motores nos empujaron hacia el interior de la Tierra. En la cruda luz amarilla que era nuestra única iluminación, los técnicos observaban las cambiantes formaciones rocosas en las pantallas, anotando las lecturas de los instrumentos. La información que los geólogos habían deseado durante siglos ahora se reunía con facilidad.

Seguíamos descendiendo, pensando siempre en la solidez de la Tierra y la audacia del intelecto humano, que había concebido la nave subterránea. Cuando recorrí la nave para inspeccionar los diversos equipos, en el interior abovedado de la *Intersticio* había un murmullo sereno de actividad. Acabábamos de pasar los cuatrocientos kilómetros de profundidad.

De pronto se oyó un estampido, seguido por un ruido rechinante y un temblor en el aire. Lo reconocí, muy asombrado. Lo había oído antes, en los laboratorios de la Armada. No tenía nada que ver con la barrera que nos había cerrado el paso antes.

Era el ruido producido por el choque de dos campos de polarización.

Corrí por los largos pasillos hasta el sector de mando. En la antesala de la cabina de control los encargados de detección escrutaban las inmediateces, y la obstrucción tomaba forma en las pantallas.

Pero había más de un campo. Vi todo un panorama de campos de polarización, un complejo de líneas borrosas que se extendían hacia el norte, el sur, el este y el oeste, apilándose, formando grupos y zonas abiertas. Por un instante me costó creerlo.

Nos habíamos topado con una ciudad subterránea.

Aunque parezca increíble, la naturaleza también ha aprendido a lograr que dos objetos materiales ocupen el mismo espacio, y de ese modo ha poblado el interior de la Tierra con seres vivos. El complejo urbano que habíamos descubierto era enorme, y se extendía más allá del campo de detección. Los sensores tendían a indicar una polarización bastante débil, y supongo que esos seres, si su experiencia puede describirse en términos humanos, viven en un medio semejante a la melaza espesa. La *Intersticio* les habrá parecido un monstruo muy sólido y brillante, casi indestructible.

Entré en la cabina de control, donde el capitán Joule observaba boquiabierto la misma escena en sus pantallas de monitoreo, y me senté. Joule no se molestó en saludar.

Movió la perilla de un comunicador.

—¡Sección de energía! Estén atentos a mis órdenes. Y pásame el timón.

Oí el chasquido cuando pasaron el timón de la sala de propulsores a la consola de control de Joule. La *Intersticio* se había atascado entre las paredes de un grupo de edificios, y los hombros imponentes del capitán se encorvaron furiosamente. El sudor le perlaba la piel mientras trataba de liberar la nave e internarse en una zona más profunda.

—¡Mire! —dije yo—. ¿Ve eso?

Joule se volvió hacia la pantalla. Se acercaban naves, toda una flota, avanzando como si lucharan contra una brisa desfavorable. Eran artefactos estrafalarios, compuestos por vigas largas y curvas, y a través de las aberturas podíamos distinguir vagamente a los tripulantes y las toscas máquinas. También había indicios de una actividad frenética en los edificios cercanos.

Sin duda los habitantes se disponían a defender la ciudad. Noté que algunas naves, más grandes que las otras, tenían en la proa una estructura extrañamente familiar, y mientras yo observaba la nave más adelantada entró en acción.

—¡Es una catapulta! —gritó Joule.

Un crujido. Las galerías de la *Intersticio* vibraron al chocar el proyectil contra el casco. Joule rió.

—¡Dejemos que disparen! —Y volvió a inclinarse sobre la consola de control.

Pero resultaba imposible sacar la nave, y al fin, con los proyectiles de los intraterrestres lloviendo sobre nosotros, recurrimos a las armas. Aunque las usamos mesuradamente, nuestros torpedos y rayos sísmicos causaron estragos terribles mientras nos abríamos paso para continuar el viaje. La flota nos hostigó durante sesenta kilómetros, bombardeando las paredes de la nave en un intento de venganza.

—¡Y esto a cuatrocientos kilómetros de profundidad! —exclamó el capitán Joule—. ¿Qué encontraremos más abajo!

Las posibilidades eran escalofriantes. El interior de la Tierra es mucho más amplio que la superficie, y tiene lugar para una mayor variedad de criaturas. Aquí nos habíamos topado con gente primitiva. En las profundidades tal vez encontráramos civilizaciones imponentes para cuya superciencia nuestra nave sería un juguete. O quizá hubiera monstruos en la Tierra...

Pero el descubrimiento se había convertido en el objetivo primordial del viaje, por lo que me concernía, y no permitiría que ningún peligro se interpusiera en el camino del hallazgo científico.

Y la posibilidad de encontrar enemigos no era el único peligro. Para entonces yo sabía que enfrentaríamos otro serio problema.

Había estado revisando las lecturas de los instrumentos externos. Por las leyes de la física, parecía inevitable que las cifras de densidad y calor subieran gradualmente a medida que descendíamos. Inexplicablemente, habían permanecido estables desde que habíamos iniciado la inmersión a quince kilómetros de profundidad.

El capitán Joule demostró un interés técnico, pero no se alarmó.

—¿Y el magnetismo? —preguntó.

—Tampoco hay cambios —le dije—. Pero no tiene por qué haberlos a esta profundidad: no necesitaremos el desviador Gauss hasta más tarde.

No obstante, fuimos a inspeccionar el desviador, empezando por el cargador de mesones en la sección de energía y luego siguiendo uno de los canales de plata-hierro en su recorrido por un angosto corredor hasta la popa. Estudié los instrumentos de medición instalados en la cámara aislada que contenía el banco. Los indicadores deberían haber oscilado ligeramente a medida que se eliminaba el pequeño incremento de fuerza magnética, buscando mantenerla igual que en la superficie. En cambio, los medidores no indicaban nada.

Tomé un teléfono y llamé a la sección de energía.

—Muevan cinco centímetros la barra de compensación —ordené.

Mientras manipulaban el comando, un indicador se movió para mostrar la fuerza que era enviada a tierra, y otro reveló cómo decrecía la fuerza de campo en la nave.

—¿Tendremos algún problema? —gruñó Joule.

Ordené que volvieran el regulador a su posición original.

—No —dije—, está en perfectas condiciones. Quizá deberíamos aceptar que el interior de la Tierra es diferente de lo que siempre hemos creído. O, de lo contrario, estamos en una zona de baja densidad. De todos modos, avanzamos sin inconvenientes.

Pero mientras pasaban los días yo revisaba constantemente las lecturas de densidad, calor y magnetismo, y encontraba siempre el mismo resultado. Ningún cambio. Empecé a preocuparme de veras.

Recordé que, salvo por el instrumental, no teníamos manera de comprobar la velocidad real de la nave. Para solucionarlo, diseñé un medidor de masa que, según razoné, nos informaría sobre nuestro avance midiendo primero la masa terrestre que teníamos por debajo y luego la que dejábamos atrás.

El resultado me asombró. Las dos lecturas, tomadas en conjunto, no concordaban con la masa conocida de la Tierra.

—¡Es ridículo! —le dije a Joule—. Según estos valores la Tierra debería pesar más de lo que pesaba cuando partimos. Y hemos avanzado setecientos kilómetros, pero la distancia que nos queda aún es la misma.

¿Nos estábamos moviendo o no?

Era un enigma. Apuntándolo en una dirección, el medidor de masa indicaba que nos movíamos. Apuntándolo en la dirección contraria, indicaba que estábamos varados.

Esperé una semana más, durante la cual el misterio se acrecentó. Ya tendríamos que haber alcanzado una profundidad de mil quinientos kilómetros y haber empezado a evaluar nuestra capacidad para sobrevivir bajo presión extrema. De hecho, habíamos avanzado mil kilómetros en vertical pero no nos habíamos aproximado más al centro. Aparentemente seguíamos una línea paradójica, donde por muy rápidamente que viajáramos nunca nos acercaríamos a nuestra meta.

Este conocimiento era frustrante y desalentador. Ya no era posible encararlo como un problema intelectual.

No habíamos encontrado más ciudades, y no habían vuelto a atacarnos, pero nos cuidábamos de no repetir el error anterior. Los sensores operaban continuamente, mostrando diversos destellos opacos de polarización a lo lejos. Yo pasaba horas mirando la pantalla. De vez en cuando una silueta enorme rozaba el límite del alcance de los sensores, o aparecían formas transitorias cuya naturaleza desconocíamos.

Al cabo de trece días de viaje, el capitán Joule llamó a los oficiales a su cabina.

Los enfrentó impasiblemente sin levantarse del asiento, y esperó a que callaran, apretujados y sudorosos, antes de hablar.

—Caballeros —dijo—, quisiera resumir nuestra posición. Ross les dirá todo.

Explicué brevemente las lecturas del medidor de masa, y la uniformidad de presión que habíamos encontrado en todas las profundidades recorridas. La nave se estaba internando en una discrepancia entre las lecturas de los instrumentos. Cuando más avanzáramos, mayor sería la discrepancia.

—Aparte del sentido común —concluí—, nada nos indica que hayamos avanzado un centímetro hacia nuestra meta, el interior de la Tierra.

—Entonces, ¿estamos varados?

—Desde una perspectiva, así parece —concedí—, pero no lo creo. Aún estamos gastando energía. Los propulsores funcionan perfectamente, y esto sólo puede traducirse en movimiento. Debemos estar yendo hacia alguna parte, y de hecho basta con mirar las pantallas detectoras para comprobar que nos estamos moviendo.

—Pero sin llegar a ninguna parte —intervino Joule—. En lo que concierne a la Armada, el propósito de esta expedición es regresar a la base, y aparentemente no lo estamos cumpliendo.

—¿Sugiere usted que regresemos?

—Lo he pensado. Es posible que ahora no haya obstáculos en el camino.

Esas palabras me desalentaron. Los descubrimientos me habían intrigado tanto como para incitarme desesperadamente a continuar, y el peligro, y la extrañeza que habíamos encontrado sólo me impulsaban a seguir adelante.

Sabía que el capitán Joule compartía secretamente mi actitud, pues era uno de los mejores, un magnífico oficial. Hay algunos que acusan a nuestra generación acusándola de ultraconservadora y rígida, pero en mi opinión no es un defecto, sólo una etapa inevitable de la civilización. El espíritu de nuestro país nunca fue más fuerte que ahora. Estamos produciendo grandes hombres, técnicos fabulosos. El capitán Joule sabía cuál era la premisa tácita de nuestros técnicos —no conocer nunca el miedo, no retroceder nunca— pero tenía obligaciones como comandante que yo, aunque ahora lamento confesarlo, no tomaba en cuenta.

—¿Para qué regresar? —pregunté apasionadamente—. ¡Tenemos que seguir adelante! La paradoja se resolverá... y enfrentaremos cualquier peligro que nos espere dentro de la Tierra.

No pudimos seguir la discusión, pues la decisión nos fue arrebatada de las manos. Mientras el comunicador emitía la señal de alarma, las pantallas monitoras comenzaron a funcionar.

Los encargados de detección habían descubierto una segunda especie de vida intraterrestre a una distancia de varios kilómetros, y teníamos varios minutos para prepararnos.

La flota de ellos llegó desde abajo y se desplegó alrededor de nosotros mientras ocupábamos nuestros puestos de combate. Eran naves largas y elegantes que se mecían ligeramente a causa de algún fenómeno no visible de las profundidades, y se agruparon despacio, como si evaluaran nuestro poder, acercándose con aire amenazador.

Luego, ya por principio o porque nos consideraban enemigos, atacaron.

Yo estaba eufórico. La *Intersticio*, aún no puesta a prueba en un combate en gran escala, utilizaría ahora toda su capacidad, y el carácter de nuestra expedición se definiría en uno u otro sentido. Pues estos adversarios no eran los primitivos de los niveles más altos. Estas naves eran autopropulsadas y sus armas podían dañarnos.

Aún así, no alcanzaban nuestro nivel de tecnología. Lanzaban proyectiles centelleantes que parecían flechas y podían penetrar nuestro blindaje, y desplegaban hábilmente su gran cantidad de naves tratando de enfrentar con ventaja nuestro armamento superior. Pero la *Intersticio* se elevaba imponente sobre ellos, erizada de tubos y torpedos y torretas de rayos sísmicos; no seríamos presa fácil.

Combatíamos a toda marcha. La planta de energía activó los propulsores al máximo, y nos lanzamos hacia abajo como una ballena rodeada de tiburones. El capitán Joule desistió del intento de evadir los proyectiles enemigos, y encomendó nuestra defensa al temible poder de la sección de armamentos.

Cuando entré en el cuerpo principal de la nave para observar el funcionamiento de nuestro equipo, las galerías cimbraban como campanas a causa de los impactos recibidos, y temblaban cuando nuestros torpedos explotaban al salir de la polarización, provocando convulsiones titánicas en la Tierra. ¡Sin duda los intraterrestres jamás habrían oído hablar de ese truco! Yo oía el rumor creciente sus proyectiles, y desde lo alto de la nave llegaba el zumbido de los rayos sísmicos.

Justo frente a mí, una lanza de seis metros perforó el costado de la pared y atravesó la espaciosa sentina. Un artillero cayó de la pared con su cabeza partida en dos. El lanzador de rayos que había estado operando quedó destrozado.

Sus proyectiles atravesaron el casco treinta veces, y perdimos ocho hombres. Pero, ¿qué importaba? Éramos una fuerza invencible. La *Intersticio* era una verdadera nave de guerra.

Al fin se retiraron, con gran número de bajas. Tal vez habíamos salido de sus dominios.

Nuestros tripulantes se pusieron a reparar las averías en medio del humo de nuestras propias armas. Se oyó el martilleo de las herramientas automáticas. Regresé a la cabina de control, donde el capitán Joule pedía informes a las secciones de polarización, armamentos y energía. Cuando entré se volvió hacia mí.

—No podemos virar —dijo con pesadumbre—. Ahora no tenemos alternativa. No me gustaría tratar de hacer girar la nave con el motor principal. No hay duda que los polarizadores estallarían.

No respondí. La *Intersticio*, incapaz de virar sin el complicado mecanismo necesario para cambiar la dirección de un campo polarizado, sólo podía seguir viajando hacia adelante.

Habíamos vencido, pero a costa del control de nuestro destino. Con desaliento, los oficiales de la *Intersticio* la internaron aún más en la sólida Tierra.

Durante un mes seguimos hundiéndonos, impulsados por los motores. Todos los días yo estudiaba ansiosamente las lecturas de los instrumentos. Entretanto, la naturaleza de las rocas exteriores no revelaba ningún cambio.

Todo, excepto la segunda lectura del medidor de masa y el simple hecho de que nos desplazábamos hacia abajo, indicaba que aún estábamos varados a quince kilómetros de la superficie.

Joule y yo reflexionamos detenidamente sobre el problema. A veces él temblaba. ¿Era éste el abismo sin fondo que mencionaban con terror los poetas?

—¡Es imposible! —decía él con exasperación—. ¡La roca se desplace! Aparecen criaturas vivas adelante y las dejamos atrás. ¡Y sin embargo no podemos aproximarnos al centro!

Trazamos un círculo para representar la Tierra, y redujimos el misterio al hecho que el medidor de masa daba dos posiciones contradictorias de la nave dentro de ese círculo. ¿O era una geometría radicalmente nueva, donde la suma de dos cantidades ya no daba un resultado coherente? ¿Qué sabemos del Universo? Sólo tenemos la experiencia de la superficie de nuestro planeta. Quizá las leyes sean diferentes en otras partes.

Experimentalmente, dibujamos el cuadrante del círculo, y observamos la figura. Joule añadió anillos concéntricos, y advertimos que en el cuadrante el arco se acertaba en proporción con el radio.

Era una idea sutil.

Al margen de toda consideración filosófica, también me pregunté si el desviador Gauss, al devolver a tierra la energía sobrante, no provocaría de algún modo una ilusión que afectaba a todos los instrumentos externos y al medidor de masa. Sólo se me ocurría una manera de averiguarlo.

El capitán Joule me miró horrorizado cuando solicité permiso para apagar el desviador.

—Si la conjetura es correcta —dijo con voz apagada—, volaremos en pedazos.

—¿Qué remedio hay? —grité, gesticulando violentamente—. No podemos seguir así. Es como viajar en el limbo. Tal vez salgamos del atolladero si el desviador permanece inactivo sólo unas milésimas de segundo.

Lo hicimos en secreto. Ensamblé el mecanismo de tiempo con mis propias manos y lo conecté al blanco. El desviador dejó de funcionar durante veinte milésimas de segundo.

Los indicadores ni siquiera oscilaron.

—¡Inténtelo de nuevo! —ordenó Joule.

Repetí el experimento tres veces. Luego apagué el desviador permanentemente. Como nunca habíamos enfrentado las condiciones para las que estaba diseñado, hubiera sido lo mismo no haberlo construido.

—Eso nos deja una sola explicación —dijo Joule—. La filosófica. Pero ella supone una relatividad más asombrosa que la que han concebido nuestros físicos...

Debía haber sabido que esa mente serena y rigurosa a la larga daría con la respuesta. Pero cuando estaba por explicarse empezó el tercer ataque subterráneo.

Era una fuerza de choque rápida y móvil que se abalanzó sobre nosotros desde el norte. Nunca supimos de dónde venían: no había ningún indicio habitacional como en los niveles más altos. Lo más probable es que fueran piratas, o guerreros nómades, pues eran profesionales y feroces... y más mortales que todo lo que habíamos enfrentado hasta el momento.

Más aún, habían aprendido a penetrar un campo polarizado.

Tal vez nuestro equipo era demasiado fuerte para ellos, o quizá sólo deseaban asustarnos para que nos rindiéramos, pero sólo en dos breves intervalos oímos el chillido estridente del aparato que utilizaban y el gruñido de los polarizadores, y experimentamos el calor sofocante de un campo de ondulación. Luego los agotados recursos de la sección de armamentos entraron de nuevo en acción.

Ese combate fue nuestra ruina.

El objetivo principal de los atacantes era abordarnos. Habíamos gastado los últimos torpedos, y estábamos recurriendo a los menos eficaces rayos sísmicos cuando abrieron un boquete en el casco. En la sección de mando, Joule y yo oímos gritos de alarma y ruidos extraños. Minutos más tarde se oyó la explosión, ensordecedora en ese espacio cerrado. Un tripulante había volado heroicamente la sección por donde habían entrado los intraterrestres.

La pelea a bordo duró poco, pero costó la vida de nuestro capitán.

Tres atacantes que habían escapado de la explosión se deslizaron por la sentina, sembrando la destrucción en todas partes con poderosas armas de mano, y en pocos minutos llegaron a la sección de mando. Nunca olvidaré la expresión del capitán Joule mientras manoteaba el arma. Una expresión que tampoco puedo describir, pues en ella vi todas las emociones, cada cual bien delineada, aunque no predominara ninguna.

Nuestros adversarios eran siluetas bajas y borrosas con enormes armaduras; humanoides, pero con una curvatura reptiloide en el cuerpo. Disparaban sin cesar, y Joule cayó con el costado derecho destrozado, derribando al mismo tiempo al primer atacante.

Desde un rincón de la cabina despaché a los otros dos.

No volvimos a ver a los piratas intraterrestres. Nunca supimos por qué interrumpieron el ataque, pues nuestros detectores eran una pila de chatarra y desde entonces no volvimos a ver el exterior.

Cuando los otros oficiales entraron en la cabina de control, llevé a Joule a un diván. Respiraba rápida y entrecortadamente, endureciendo la cara frente al dolor.

—Me llegó el fin —susurró.

Lo rodeé con un brazo por debajo de los hombros y lo ayudé a sentarse. Estaba débil, pero sus ojos irradiaban inteligencia.

—Joule —supliqué—, ¿qué nos está ocurriendo?

—Esta es mi teoría —dijo, hablando con dificultad—: la materia es una distorsión del espacio. A medida que la materia se concentra, el espacio que ocupa se concentra más.

Se interrumpió, y por un instante pensé que había dicho sus últimas palabras. Luego pareció revivir un poco, y continuó.

—Dentro de la Tierra, el espacio mismo está comprimido en proporción con la densidad. Lo que desde la superficie parecen unos centímetros podría ser en verdad un millar de kilómetros. El radio de la Tierra es igual en todos los niveles... nos encogemos al entrar en una materia más densa, de modo que siempre luce igual. Siempre falta recorrer la misma distancia.

Los ojos perdieron brillo, se endurecieron. Cuando murió, lo tendí en el diván.

Ahora estoy al mando de la *Intersticio*. No perdí tiempo en tomar las medidas necesarias. El casco está sellado, todas las compuertas internas se han cerrado y se ha reducido la iluminación para conservar la energía. Los propulsores están regulados para lograr la máxima aceleración con la máxima economía: nuestra preocupación principal es mantener el campo polarizado en una caída larga y permanente hacia el centro. Nuestra planta de energía es teóricamente inagotable, pero el espacio interior de la Tierra puede ser tan grande como todo el sistema solar, por lo que sabemos.

No creo que exista medio de transporte más aterrador que una nave que atraviesa la materia sólida. Cuanto más nos hundimos, más consciente soy de los miles de kilómetros de roca que tenemos encima y más intensa es la sensación de opresión. Me remuerde la conciencia. Fui yo quien persuadió al capitán Joule de emprender el descenso, y ahora, sentado en la penumbra de este casco de acero, no puedo ahuyentar la idea que al hacerlo persuadí a mis compañeros de bajar al Infierno mismo.

La nave está destrozada. Los hombres guardan un silencio absoluto y ya nadie hace funcionar los rayos sísmicos. Todos hemos aceptado la idea que no sobreviviremos a este viaje.

Esta es la historia. Ahora me siento a escribirla, para que quienes encuentren la nave cuando al fin emerja del otro lado del mundo —los polarizadores se desactivarán automáticamente en ese momento— conozcan la naturaleza del interior de la Tierra...

Según el granjero que aseguró haber presenciado los hechos, la nave había surgido de la ladera y luego había patinado unos siete metros antes de detenerse contra una saliente rocosa.

La última parte de la historia era indudablemente cierta, pues Bain había visto las ramas tronchadas que indicaban el camino de la nave, pero la primera parte ponía a prueba su imaginación, pues no había ninguna huella en la hierba de la ladera. Era un especialista en civilizaciones antiguas, y como no encontraba ningún detalle familiar en la nave cuya mole de ciento cincuenta metros se erguía ante él, optó por pensar que venía de una dirección totalmente distinta.

—Debe ser una nave espacial —dijo al metalúrgico que había venido con el equipo de especialistas de Sidney—. No puede ser otra cosa. El granjero mintió, o se equivocó.

El metalúrgico cabeceó.

—Yo diría lo mismo —repuso—, pero no entiendo por qué es tan vieja. ¡Mira cómo ha cedido por todos lados! ¿Sabes qué es? Fatiga del metal. ¡Y sin embargo no reconozco algunas de las aleaciones!

Bain examinó el libro de hojas metálicas que habían tomado de la sala de control. A su juicio, esa era una prueba casi irrefutable indicando que la nave venía de las estrellas: parecía ser una especie de bitácora, pero la extraña escritura no guardaba semejanza con ningún idioma de la Tierra, ni antiguo ni moderno.

Jamás encontraremos una piedra de Rosetta para descifrar esto, pensó. Le entristecía pensar que el relato jamás sería traducido.

En ese momento salió el profesor Wilson por la escotilla de la nave y se les acercó, hablando con excitación.

—No hay duda que es una nave espacial —dijo—. Allí hay un instrumento que mide la distancia en términos de frecuencias electromagnéticas. Cualquier físico podría leerlo, de aquí a Andrómeda. ¿Sabes qué distancia marcó ese instrumento antes de dejar de funcionar? ¡Casi once años luz!

FIN

Libros Tauro